

# V Domingo Cuaresma – A

---

2/ IV /2017  
Oratorio de san Felipe Neri  
Alcalá de Henares

Quinto Domingo de Cuaresma. El próximo es el Domingo de Pasión o de Ramos. Jesús alza su voz ante la muerte para sacar de ella a la vida: **«Gritó con voz potente: Lázaro, sal fuera»**. Jesús, que es la Palabra de Dios, ligado para siempre a su humanidad, se adentra en la muerte del hombre para sacar de ella al hombre: en la cruz **«Jesús, dando de nuevo una fuerte voz, entregó el espíritu»** (Mt 27,50).

En las lecturas de hoy se establece un diálogo entre los que están en la muerte y el que viene con la vida. El profeta Ezequiel tiene una visión sobrecogedora: contempla una inmensa muchedumbre de muertos, de huesos secos, una multitud que se extiende por la vega. En la visión, Dios le dice: estos huesos son Israel. Dios mira a su pueblo y ve muertos. Ellos siguen viviendo como pueden: en el exilio, con sus sufrimientos y también con sus pequeños goces, pero sin percatarse de la terrible realidad que esconde el ajetreo diario y los sufrimientos cotidianos, sin percatarse del estado de muerte que esconde su vida, no por estar en el exilio, sino por haberse alejado de su Dios.

Pero he dicho que las lecturas son un diálogo entre la muerte y la vida. Dios le dice en la visión a Ezequiel: **«invoca a mi Espíritu»**. Y la terrible visión de los huesos secos da lugar a otra no menos tremenda: el Espíritu de Dios viene sobre los huesos y los vivifica. Se juntan unos con otros, les crece la carne, los tendones, la piel, y les inunda la vida: era un ejército inmenso. Esta es la visión. Termina la visión y Dios le dice al profeta: **«Abriré vuestros sepulcros y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, pondré mi espíritu en vosotros y viviréis»**.

En la segunda lectura san Pablo contempla la acción vivificadora del Espíritu de Dios, del Espíritu de Cristo, que viene a nosotros para darnos vida. Viene a nosotros, muertos por el pecado, para darnos vida. El Apóstol no contempla la muerte como una visión simbólica, sino como una realidad que se ha adueñado del corazón del hombre. No es exterior, ni simbólica; es interior y es real. De esta muerte nos libra Cristo y su Espíritu, SI ES QUE —es una condición ineludible—, SI ES QUE NOS DEJAMOS GUIAR POR CRISTO: **«Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales»**. El diálogo es ahora en primera persona, en nuestro interior, entre la muerte y la vida, entre el espíritu del mundo, este espíritu mundano que ya estaba en nosotros y Cristo, que ha llegado para rescatarnos.

Nuestra situación real es la muerte. No se trata de una imagen, es una realidad. Pero hasta esta muerte nuestra, viene Cristo para llamarnos a la vida con su voz poderosa. Así enlazamos con el Evangelio: Cristo se acerca a un muerto de verdad para darle vida. Lázaro, como nosotros,

es un hombre concreto, que muere con una muerte real, como es real la muerte que engendra en nosotros el pecado.

Esto es lo que quiero subrayar hoy del Evangelio: habla de un hecho real con personajes reales, y todo está lleno de detalles que nos hablan de personajes y de situaciones reales, irrepetibles. Lázaro es alguien real, no es un símbolo, no es una metáfora, sino alguien bien conocido de Jesús, su amigo, al que amaba. Lo amaba no solo como el Hijo de Dios ama desde el cielo, sino como el hombre que ama a su amigo. Lázaro es, por tanto, alguien bien real. Reales son también Marta y María, las hermanas. Y real la relación estrecha que Jesús mantenía con ellas. Cuando Lázaro enferma gravemente, le mandan llamar apelando a su amistad: «**Lázaro, tu amigo está enfermo**». La muerte de Lázaro también es real. Está cuatro días en el sepulcro y cuando Jesús manda quitar la piedra, Marta advierte: «**Señor, huele mal, ya lleva cuatro días**». La situación en que se desenvuelven los hechos también está llena de elementos bien reales: los judíos buscan a Jesús para matarlo y cuando Jesús decide ir a Betania, muy cerca de Jerusalén, Tomás hace un comentario no sabemos si lleno de audacia o, más bien, de ironía: «**¡Ale! ¡Vayamos también nosotros a morir con él!**».

Sobre todo, Jesús es real: recibe la noticia de la enfermedad de su amigo, decide esperar a que muera con un objetivo concreto. Y, una vez que sabe que ha muerto, lo dice abiertamente y emprende un camino de encuentro con la muerte, la de su amigo y la suya propia. Ambas son inseparables.

Jesús se turba, se conmueve, llora... Es alguien, no una estatua, no una pintura en las paredes de la Iglesia. Es alguien real y alguien que se ha hecho hombre. El texto griego usa unos pocos verbos distintos para describir las emociones de este hombre real que es el Hijo eterno de Dios. Dice que «**se conmovió en su espíritu**»<sup>1</sup> y también que «**se estremeció**»<sup>2</sup>, al ver el dolor de María y de los que la acompañaban, seguramente al comprobar también su falta de fe y al sentir sus reproches. Dice que «**rompió a llorar**»<sup>3</sup>, no sabemos muy bien si al considerar cómo la muerte había afectado a su amigo, o por la falta de fe de los que le rodean, o contemplando su propio destino inmediato... Rompe a llorar como lloran los hombres cuando son afectados por la aflicción. Después, en un segundo momento, al escuchar a algunos que le recriminaban por qué no había llegado antes a curar a su amigo, vuelve a «**conmoverse en su interior**»<sup>4</sup>, como si experimentase una sacudida. Quizá no podamos saber a ciencia cierta las causas de estas conmociones de Jesús, pero es claro que nos describen a alguien real. Nuestra situación, la de todos nosotros, es también una situación de muerte, es real. Pero sobre todo él, Cristo, es alguien real y vivo, como es real su amor por nosotros.

Hasta que no nos demos cuenta de que nos enfrentamos no a un texto que se lee, sino que estamos ante alguien que viene a nuestra muerte, no sacaremos del cristianismo el beneficio que él ha traído a la tierra.

---

<sup>1</sup> ἐνεβριμήσατο τῷ πνεύματι

<sup>2</sup> ἐτάραξεν ἑαυτόν

<sup>3</sup> ἐδάκρυσεν

<sup>4</sup> Ἰησοῦς οὖν πάλιν ἐμβριμώμενος ἐν ἑαυτῷ

Ahora nosotros, hombres afectados por una muerte real, espiritual pero real —queramos o no queramos verla— estamos ante este hombre real: el Hijo eterno de Dios, enviado por Dios para salvarnos, que se ha hecho hombre de verdad, que ama, que padece, que se conmueve, que se turba, que llora y que busca nuestra fe. No nos ha dado tiempo a pararnos en este punto, pero Jesús, según se van sucediendo los hechos, busca la fe: de los apóstoles, de Marta, de María, de la gente que se congrega allí. Bien, pues Jesús lanza su voz sobre nuestra muerte. El Domingo que viene le veremos a él, que es la Palabra de Dios, adentrarse en la misma muerte y sufrir la muerte. Alza su voz sobre nuestra muerte para llamarnos a la vida. ¿Qué haremos nosotros ahora ante él? Cada uno tiene que responder, ahora. Respondamos llamándolo con fe, como Marta y María le llamaron.

Termino con un texto de san Bernardo que nos ayude a esta respuesta de fe:

El que es nuestra Vida corre al sepulcro para sacar de allí al muerto de cuatro días. Busca a Lázaro para ser buscado y encontrado por Lázaro. Pues «en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él fue el primero en amarnos». ¡Ánimo, Señor! Busca al que amas, y haz de él un amigo y un buscador tuyo. Pregunta dónde lo han puesto: porque está enterrado, atado y aplastado».

Invoquemos a Cristo cada uno de nosotros con nuestras muertes reales, para que venga y haga oír sobre nosotros su voz poderosa.

Alabado sea Jesucristo.

P. Enrique Santayana C.O.